

## EL ALTO BARROCO EN CENTROAMERICA

Las civilizaciones llegan en todos los períodos históricos a cierta madurez, y entonces empiezan a decaer en una elaboración extremada en lugar de adelantar con nuevos conceptos o inventos. En la antigüedad esta etapa cultural se llamaba el helenismo, y se distinguió por el orden corintio en la arquitectura y se simboliza en la estatua atormentada de Laoconte envuelto, junto con sus hijos, por una serpiente de mar. En la América precolombina fue la época florida del maya que se puede apreciar en la ciudad medieval de Chichén Itzá construida antes de la llegada de Kukulcán a Yucatán con sus guerreros toltecas por el año 1002. En España llegó después de la Reconquista y el descubrimiento de América, y se extendió a la América hispánica en el siglo xvii y floreció allí durante todo el siglo posterior. Ejercían el poder las cortes virreinales de Lima y México que presumían rivalizar con Madrid, y una clase ociosa se dedicaba a elaborarlo todo y hasta a exagerarlo. La alta sociedad buscaba la elegancia en una artificialidad amanerada; se adornaban las iglesias y los domicilios lujosamente; las estatuas de los santos fueron vestidas de sedas y rasos; el baile, el modo de hablar y de escribir, todos se hicieron muy elaborados.

Presenciamos esto en aquel maravilloso museo, la ciudad de Santiago de los Caballeros o, como se llama hoy, la Antigua Guatemala. La iglesia de la Merced allí demuestra cómo el barroco centroamericano se desarrolló paulatinamente para adaptarse al sitio, a la sombra de tres volcanes amenazadores, amansándose después de la construcción atrevida de la Recolectión y la iglesia de la Compañía de Jesús, ahora prisionera dentro del mercado municipal actual. Es un barroco del trópico, templado y fresco en la altura de la Antigua, pero inquieto a causa del ambiente geológico. Se formó un estilo muy destacado y propio, un «barroco de

los temblores» para citar al historiador de sus formas Pál Kelamen<sup>1</sup>. No era rico pero sí noble, y el barroco de las Indias españolas resultó más atrevido que el de Europa.

Las colonias tanto en su literatura como en su religión se asemejaban a la madre patria; en lugar de desarrollar sus propios motivos y participar en el Renacimiento europeo, buscaban su inspiración en la península ibérica; y como España se encontró pronto en una época estéril, lo que ofrecía a menudo eran sus lacras. No había mucho que se derivara de Francia ni de Italia, para no mencionar a Inglaterra y Alemania. Durante el siglo XVII no oímos nada del clasicismo reinante en Francia, y mucho menos del florecimiento de las letras inglesas; ni siquiera de Sor Juana de México. La literatura colonial fue demasiado catequista para ser universal. Con los Borbones en el siglo XVIII llegó más influencia francesa, sobre todo en la ciencia y la medicina<sup>2</sup>. Así no existía ningún Malherbe criollo que pusiera fin a la tendencia, y en las manos de unos imitadores inhábiles, se degeneró. Se redactaron poesías dirigidas al sol, a la luna, a muchos objetos vanos; los presuntos poetas tenían miedo de confesar quiénes eran, de redactar algo que tuviera significado serio.

La figura que supo decir más que nadie fue aquella mujer extraordinaria de la Nueva España, Sor Juana Inés de la Cruz (o de Asbaje y Ramírez, para darle sus apellidos seculares). La monja Juana Maldonado de Paz o de la Concepción en la década de los años 1620 es otro ejemplo parecido medio siglo antes, en el convento de la Concepción en la Antigua Guatemala. Rica y consentida por su padre según los datos, improvisaba «versos ingenuos y repentinos»<sup>3</sup>. Disponía de media docena de criadas negras y tocaba el órgano y otros instrumentos musicales. Nunca se han descubierto sus versos y hay quienes dudan de su existencia, pero su sombra simpática puede servir como el prototipo de una poetisa del barroco incipiente al estilo de Sor Juana en México aunque su talento nunca se acercó al de la monja mexicana. Sin embargo, el ambiente anti-güño fue igual y típico.

El primer siglo de la colonia española, desde la conquista inicial de Centro-América por don Pedro de Alvarado hasta 1600, fue una época agresiva, llena de actividad nerviosa y de fuerza primitiva. Después de la conquista militar, siguieron contiendas ocasionales con los indígenas toda-

1. *Baroque and Rococo in Latin America* (New York 1967, Dover), cap. 8, pp. 122-136.

2. Véase mi artículo «On the Enlightenment in Central America» en *The Ibero-American Enlightenment* por A. Owen Aldridge (Urbana 1970, Univ. Illinois Press), pp. 282-297.

3. Cito del inglés, que es más claro (Thomas Gage, *The English-American*, London 1946, Routledge, p. 203; y *Nueva relación*, Guatemala 1946, Soc. de Geografía e Historia, p. 182).

vía no sumisos, y pronto la lucha contra la naturaleza tropical, una lucha que continúa en la actualidad, como vemos en las tres novelas del maestro guatemalteco recientemente fallecido, don Flavio Herrera, tituladas *La tempestad*, *El tigre* y *Caos*. Los españoles consolidaron sus adquisiciones, y hubo un gran desarrollo cultural y social; se fundaron nuevas instituciones de enseñanza y de religión, y alrededor de este núcleo, se formó la nueva clase ociosa e intelectual que cultivaba las artes. Centro-América tenía varias ciudades tales como Ciudad Real en Chiapas, Quetzaltenango o la vieja Xelajú indígena, Sonsonate y San Salvador entre los pipiles emparentados lejanamente con los aztecas de México, Comayagua en Honduras, las viejas rivales de León y Granada en Nicaragua, y Cartago en Costa Rica. Se dividía el Istmo en quince provincias, contando con Chiapas en el noroeste que es ahora estado mexicano, hasta Costa Rica en el sudeste. Había quizás unos cinco millones de habitantes en Centro-América, a pesar de la despoblación de regiones enteras como Nicaragua en el curso violento de la conquista. Fue una cultura casi analfabeta que hacía un drama de la vida: la fastuosidad conducía a su finalidad inmóvil, congelada. Esta sociedad era de castas, y gozaron del espectáculo en los días de fiesta y de la ornamentación en los edificios públicos y casas particulares.

En aquella época había teatros en Lima y en México, y hasta algunos dramaturgos locales. Antonio Paz y Salgado nació alrededor de 1700 en Guatemala, donde murió en 1757; escribía comedias de escasa moralidad, intriga frívola y argumentos necios<sup>4</sup>; estas comedias se presentaban en potreros o sitios baldíos tales como los que describe José Milla en las *Memorias de un abogado* para la Nueva Guatemala de la Asunción a principios del siglo XIX. Gustavo Correa y Calvin Cannon han estudiado *La Loa en Guatemala*<sup>5</sup> como una contribución al estudio del teatro popular hispanoamericano. Durante la colonia se organizó también otro teatro catequista para beneficio de los indígenas, y existen piezas no estudiadas en el Archivo. El viejo drama quiché como *Rabinal-Achi* o «Varón de Rabinal» quedaba oculto en sus pueblos, esperando al abate Brasseur de Bourbourg en el siglo XIX para resucitarlo.

El segundo siglo colonial, o sea, el XVII, presenció una retirada y a la vez una consolidación, a medida que los centros coloniales querían remedar a la madre patria. El palacio del Capitán General en Santiago

4. Kline, Walter D., «Antonio Paz y Salgado, Colonial Guatemalan Satirist», *Hispania* Dec. 1958, XLI: 471-476.

5. *La Loa en Guatemala* (New Orleans 1958, Tulane University).

de los Caballeros, los colegios y demás centros de instrucción, y todos los órganos del gobierno se basaron en modelos peninsulares. Se destacaban las castas sociales donde los europeos gobernantes ocupaban los cargos superiores; los criollos existían como una clase bastante ociosa en medio, asistiendo a la universidad, administrando sus tierras y más tarde llegando a ser profesionales; los mestizos o «ladinos» como se llaman en Centro-América, constituían la clase obrera, siendo artesanos organizados según sus gremios<sup>6</sup>; mientras que los indios y unos cuantos negros trabajaban en la agricultura y hacían las tareas pesadas al pie de esta pirámide social. Las altas clases gozaban de mucho poder económico y disponían de más tiempo del que podían gastar útilmente; así el dinero se dirigía al lujo y a las construcciones fastuosas mientras sus jerarcas pasaban el tiempo en ceremonias y fiestas. La pasión barroca de hacer un drama constante de la vida encontró su finalidad en las bizarrerías, sobre todo en un ambiente que disponía de pocos recursos por falta de una economía fuerte o minera.

Lo barroco centroamericano significaba así una elaboración constante de valores simbólicos infinitos, tanto españoles y cristianos como mayas y quizás mudéjares. Los mayas forman una raza ceremoniosa y así la manera barroca fue una expresión muy natural para ellos, especialmente cuando aprendieron a manejar los nuevos útiles de que disponían. Asimismo los arabescos en el patio mayor del claustro mudéjar de la Universidad de San Carlos, que se construyó hacia fines de la época colonial en Santiago de los Caballeros, demuestran la persistencia de otras formas peninsulares. Vemos este estilo mudéjar en la rica herrería de los balcones y en los azulejos y la loza de las casas por todo el Istmo centroamericano.

¿Qué pasaba con la literatura durante este período, la época del claustro de piedra y de sus ideas afines? En Centro-América la literatura dejó de expresarse sinceramente porque la colonia española había suprimido los sentimientos y la cultura de los indígenas; el movimiento barroco se produjo dentro de esta sociedad de castas intensamente estratificada, un mundo neo-medieval que dirigía España según las normas feudales. La sociedad en su mayor parte analfabeta permitía que la riqueza se dirigiera hacia la ostentación. El alto barroco representa la Edad Media en Centro-América, el período entre el imperio maya o los reinos quiché, cakchiquel, pipil o chortega, y las repúblicas de taifas modernas. Leyendo a Mencos Franco<sup>7</sup>

6. Samayoa Guevara, Héctor Humberto, *Los gremios de artesanos en la ciudad de Guatemala, 1524-1821* (Guatemala 1962, Edit. Universitaria).

7. *La literatura guatemalteca en el período de la colonia* (Guatemala 1937, Tip. Nacional); véase también Ramón A. Salazar, *Historia del desenvolvimiento intelectual de Guatemala, Epoca colonial* (Guatemala 1951, Edit. Min. Educ. Púb.).

se pensaría que no se escribió nada que valiera la pena durante la colonia; las pinturas y los breviarios proclaman una fuerte influencia eclesiástica.

Diego de Carbajal fue el primer oficial inquisitorial, nombrado en 1579. Desde 1573 tenemos las instrucciones mandadas para el Santo Oficio. Había actividad inquisitorial en Granada, Nicaragua, donde persiguieron a unos flamencos por su luteranismo, pero pocos centroamericanos murieron ajusticiados como herejes; la mayor parte de las víctimas eran locos, y muchos castigos se proporcionaron por ofensas a la moral así como por hechicerías y bigamia, igual que pasó en la Nueva Inglaterra puritana. Había espantos, brujos, supersticiones: el Sombrerón, la Llorona y la Tatuana viven hasta hoy en los cuentos de abuelas y sirvientes. Hubo pesquisas de vez en cuando durante el siglo XVII, sobre todo de franceses sospechosos de ser calvinistas, como los jansenistas iban a sufrir más tarde.

Sin embargo, nada de esto consiste en problemas intelectuales y pocos son teológicos; las tentativas de duda religiosa durante la colonia española eran pueriles (como hasta la fecha son): nunca tenían ningún contenido intelectual, sino que consistían en negaciones; ni ninguna vinculación con el mundo externo hasta después de la llegada de las ideas francesas con el cambio de la dinastía en el siglo siguiente. Las comunicaciones coloniales eran escasas e incómodas, y los viajes eran difíciles. Las ideas del historiador Fuentes y Guzmán confirman mucho de lo que quisiera decir acerca del pensamiento colonial, pero han sido ignoradas o más bien archivadas y empolvadas. Después del descubrimiento de sus grandes *Preceptos históricos*, podemos afirmar que Fuentes y Guzmán fue el gran escritor y casi el único pensador del Reino de Guatemala<sup>8</sup>. Su padre había sido alcalde ordinario en 1636, lo que demuestra su vinculación con la oligarquía de aquel entonces.

Las ceremonias barrocas se presencian en los actos universitarios: iban en coche con tiros largos y dos cocheros, los graduandos. En la universidad carolina el grado o título de doctor, antes que ser un título científico, fue un blasón nobiliario. Durante el siglo XVII ocurrieron dos sucesos capitales en el Reino: llegó la imprenta, y se fundó la Universidad de San Carlos. Así la cultura centroamericana se iba afirmando.

La primera imprenta había aparecido en México en 1622; en Lima once años más tarde, en 1633. Llegó tarde a ambas capitales virreinales. Pero en El Salvador ocurrió algo impresionante: un fraile franciscano llamado Juan de Dios del Cid, fabricó una pequeña imprenta penosamente

8. Guatemala 1957. Edit. Min. Educ. Púb.; véase también mi artículo «Preceptos históricos» en la *Revista Iberoamericana*, julio-diciembre 1959, XXIV: 315-320.

como la de Gutenberg dos siglos antes, o quizás bajo mayores obstáculos, para imprimir una obra, *El puntero apuntado con apuntes breves*<sup>9</sup>. Este librito o folleto describe el modo de preparar el añil, y vio la luz en 1641, o sea, nueve años después de la importación de la imprenta a Lima. El único ejemplar se conserva hasta hoy en Santiago de Chile, gracias a las investigaciones del gran polígrafo don José Toribio Medina quien visitó Guatemala a principios de este siglo, recogiendo materiales bibliográficos. Fray Juan de Dios había improvisado su instrumento sin pedir permiso eclesiástico, y las autoridades lo mandaron destruir como máquina peligrosa.

En el año se importó la primera imprenta sancionada por el gobierno y la iglesia; la trajo Juan José de Pineda Ibarra (1629-1680), un «español» aunque dicen que nació en México. Esta imprenta, la primera oficial, fue sancionada por el señor obispo fray Payo Enríquez de Ribera porque quería imprimir un sermón suyo. Más tarde él llegó a ser obispo de Michoacán, y luego arzobispo de México, lo cual demuestra la categoría de varias regiones coloniales. Ibarra llegó a Guatemala en 1660 con su taller y su familia; más tarde su hijo fue el capitán Antonio Pineda Ibarra. Imprimió votos de gracias y orlas o xilografías, como vemos en las tarjetas o títulos universitarios del Archivo Nacional contemporáneo. En 1663 salió su primer libro, un tratado teológico, y allí se imprimió el poema épico y barroco *La Thomasiada*, de Sáenz de Ovecuri, cuatro años más tarde.<sup>10</sup>

Don Marcelino Menéndez y Pelayo dice que *La Thomasiada* que apareció en 1667 fue un «monumento de mal gusto»; posee una versificación absurda y es tan complicada que no se puede leer con paciencia. El doctor angélico no nos ayuda para comprender la América hispánica, sino es otra manifestación del barroco. Su autor fray Diego Sáenz de Ovecuri, natural de Villasatra en Cantabria, habla de otro tema medieval que no es americano y así la debemos colocar dentro de una historia literaria de interés general. Pero sí es barroco y así figura aquí. Se ocupa de 150 «diferencias» o combinaciones métricas distintas, y hay partes donde se suprime sucesivamente una de las cinco vocales. Esto pasó antes de la influencia del claustro universitario pero con la imprenta; los dos se demoraron mucho en llegar. La universidad de San Carlos recibiría su cédula en la década posterior, en 1676.

9. Reyes M., José Luis, *Acotaciones para la historia de un libro* (Guatemala 1960, Edit. Min. Educ. Púb.); contiene el texto de «El puntero apuntado con apuntes breves».

10. Vela, David, (ed.), *La Thomasiada* (Guatemala 1960, Edit. Min. Educ. Púb.).

Una segunda imprenta llegaría en 1714. El encargado de ella en aquella época, don Sebastián Arévalo, se hizo célebre por sus tareas universitarias, y un total de 700 libros salieron de las dos máquinas durante la época colonial: muchos de ellos eran crónicas, y fuera de los *Preceptos historiales* que sólo se imprimió hasta este siglo xx, eran crónicas al estilo barroco. Una fue la *Historia laurentana*, por fray Francisco Vázquez, otra por Francisco Ximénez sobre Chiapas y Guatemala, y una tercera sobre el mismo tema por fray Antonio de Remesal; son las más notables y son obras que influyeron en el gran novelista del siglo pasado, José Milla. Ximénez salvó el *Papal-Vuh*, al incluirlo en su historia que se encuentra ahora en la biblioteca Newberry de Chicago, donde el Licenciado Adrián Recinos lo descubrió hace un cuarto de siglo. Otros títulos son: *Instrucción de litigantes* o *Guía para seguir pleitos*; *El mosqueador o abanico con visos de espejo que por poco llegó a ser narración*; *Conclusiones filosóficas en la ciencia y destreza de las armas*; *Mística escala de Jacob*, por fray Pedro Melián de Betancourt. Mucho de esto tiene un olor medieval y las producciones sufrían una severa vigilancia de parte de la censura, como sufriría Simón Bergaño y Villegas un siglo después.

Con la presencia de la imprenta en Guatemala, surgió el periodismo; y su primera tentativa fue barroca. Se publicó *La Gazeta de Goathemala* durante los años 1729 a 1731; fue un «prontuario o indicador de fiestas religiosas»<sup>11</sup> por la mayor parte, y representa un periodismo de información inadecuada; refleja un «ambiente apático e iletrado» para citar a la señorita profesora Carmen Ydígoras<sup>12</sup>. Lo hemos descrito en otra parte, y así sólo lo mencionamos ahora para proceder al establecimiento de la Universidad de San Carlos.

A fines del año 1622 se había presentado el primer choque por causa del privilegio de conceder grados en una universidad centroamericana. El primer claustro universitario ya existía cuando llegó Tomás Gage, en 1625 o en 1626, y hubo varias tentativas de fundar cursos académicos. Sin embargo, la erección de la Universidad de San Carlos sólo ocurrió en el año 1676. Reinaba un verbalismo libresco porque los alumnos aprendían de memoria lo que el profesor les dictaba en aquella época y aquel país casi sin libros. Los textos eran raros e importados del exterior, y lo que imperaba fue el concepto ptoloméico del universo. La ciencia natural despertada con el descubrimiento del Nuevo Mundo todavía no había cam-

11. *Apuntes para la historia de la literatura guatemalteca, Epocas indígena y colonial* (Guatemala 1942, Tip. Nacional), p. 306.

12. *Compendio de la historia de la literatura y artes de Guatemala* (Guatemala 1959, Edit. Min. Educ. Púb.).

biado el Istmo centroamericano a pesar del creciente interés de Europa en el asunto; existía una pseudoconciencia de conocimientos ocultos y brujerías de los indios, disfrazados o pervertidos por el peso del sistema colonial.

Había ocasión de algunos estudios lingüísticos, sobre todo del dialecto cakchiquel del maya, porque el problema de idiomas en aquella colonia poblada de indígenas lo exigía. En 1724 salió una impresión de la versión original del obispo Francisco Marroquín de su *Doctrina cristiana en lengua guatemalteca*, y después, en 1753, el *Arte de la lengua metropolitana del Reyno cakchiquel*. Pero paulatinamente se engendró la decadencia y al fin la cátedra desapareció porque nunca enseñaron eficazmente este idioma. Hasta hoy día los «native informants» caminan por las calles centroamericanas, sobre todo en los Altos de Guatemala, pero no se sabía cómo enseñar el idioma vivo de ellos.

Ahora debemos ocuparnos de un guatemalteco de nacimiento, el padre Rafael Landívar. En 1750 el joven Landívar se marchó a México para realizar sus estudios avanzados en el colegio jesuita de Topotzotlán, en las afueras de la capital mexicana. Se había graduado del colegio San Francisco Borja con su doctorado y licenciatura en 1747; gozó de una «inteligencia precoz, contemplativa». En 1762 el todavía joven catedrático volvió ya formado a Guatemala, donde enseñó en su ciudad nativa de Santiago de los Caballeros. Cinco años más tarde sufrió, con todos los compañeros de su orden, la expulsión de la patria, y al fin se radicó en Bolonia, Italia. Tenía 36 años cuando salió de Guatemala para siempre y así comienza la larga lista de desterrados centroamericanos. Su *Rusticatio mexicana* fue impresa, una primera edición de la obra en Modena en 1781, y luego la segunda en Bolonia al año siguiente (más tarde hubo otra en Leipzig de Alemania). Murió en Bolonia en 1793; otro famoso jesuita, el padre Isla, traductor o restaurador de *Gil Blas* al castellano, recibió sepultura en la misma iglesia.<sup>13</sup>

La *Rusticatio mexicana* inició el canto de la realidad americana, en el aspecto de su naturaleza. Landívar colocó la belleza clásica de Grecia y Roma al lado de la americana en México y Centro-América. Como Andrés Bello más tarde y como muchos exilados hoy, sentía nostalgia por las tierras centroamericanas en el destierro<sup>14</sup>. Podemos afirmar que Landívar es muy centroamericano; cantó maravillosamente la vida campestre tanto

13. Se trasladaron los restos de Landívar a Guatemala mientras el Dr. Carlos Martínez Durán servía como ministro de Guatemala en Italia hace veinte años.

14. R. H. Valle, *Indice de Rafael de Landívar* (Bogotá 1941), p. 11.



en México, donde pasó doce años de estudiante, como en su patria chica de Guatemala. El tono de la obra landívariana es virgiliano, y anticipa las descripciones exuberantes del movimiento modernista, como también a los románticos, sobre todo a Andrés Bello, víctimas de igual exilio y nostalgia en Londres. Landívar pinta la vida, las artes y oficios y el paisaje de México y de Guatemala, al igual que lo encontramos en *Las tradiciones guatemaltecas*, de Pepe Batres, sesenta años más tarde:

He de cantar... la preciosa grana y el añil.

Una «lidia» de toros en México figura en su obra, deporte hispánico que Batres también describe; y una «pelea de gallos» que sigue muy popular en Guatemala. Cuando dice que «encierra en la dulcísima garganta, el cenizontle», nos habla de un pájaro cantor americano. Defendía al indio: «¡Tanta es la habilidad de aquella gente, / que estúpida reputan e indolente!» Nos dice con nostalgia:

Hay una ciudad  
lejos de aquí,  
del mundo conocido  
con el nombre de México...

Conoció los lagos de México como Chalco y Tezcoco, y el origen de las chinampas o jardines flotantes de Xochimilco, al sudeste de la capital azteca; su sección sobre los lagos evocó la admiración de don Marcelino Menéndez y Pelayo. Anticipa algo del estilo del cubano Heredia, desterrado del trópico en la frontera con el Canadá en su *Oda a Niágara* o ante los monumentos de los aztecas con *En el teocalli de Cholula*; y quizás algo de los sentimientos de Olmedo del Ecuador ante la belleza natural americana. Landívar fue el primero de los desterrados centroamericanos; Irisarri sería el siguiente; luego partirán los hermanos Diéguez, Domingo Estrada, Enrique Gómez Carrillo, Rubén Darío, cada uno con su propio motivo para ausentarse de la patria.

Desafortunadamente, la obra de Landívar ha desaparecido casi por completo de la literatura centroamericana sin hablar de la mundial porque Landívar, al contrario de Dante, se dejó escapar a los tiempos modernos cuando escogió un idioma medieval como su instrumento; se sirvió del latín, el idioma de una Europa pretérita y no americana para su mensaje. Su obra sólo sobrevive únicamente por medio de las traducciones; en cierto sentido Tomás Gage con su picardía pertenece más a Guatemala o tanto como Landívar, porque se le puede leer todavía aunque su inglés

es muy hispanizado. Landívar quedó fuera de las corrientes literarias a pesar de la belleza tan íntima y entrañable de su saludo al «cara parens, dulcis Goathemala, ¡salve!»

Acabamos de pasear por el barroco en los trópicos, a veces un barroco plateresco tal como lo presenciamos en las iglesias de la Antigua o los pueblos mineros de Honduras. Santiago de los Caballeros quedó inmobilizado para siempre allí entre sus volcanes, preservado como Pompeya por la acción sísmica, con un anhelo hacia lo eterno y lo frívolo a la vez. Markman, Kelemn y Gage nos ofrecen una idea de la vida en el valle de Panchoy durante el Reino de Guatemala, aquella época tan desconocida del mundo español y del mundo no hispánico, donde presenciamos una mezcla rara de razas, influencias y estilos.

T. B. IRVING  
Universidad de Tennessee  
Knoxville. Tenn. 37916